EDITADO POR DIARIO ABC
SOCIEDAD LIMITADA
ABC
FUNDADO EN 1903
POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

29/9/2001 3

Omós, Homo: el semejante

«EL otro día yo mentir como bellaco, cuando decir que japoneses ser hermanos de Estados Unidos. El corazón japonés no descansar hasta que japoneses bombardear Nueva York y derribar torres gemelas». Estoy oyendo estas palabras, estas confesiones, en un inglés poco ortodoxo a un taxista japonés que nos llevó a los lugares de rodaje de «Las Reglas del Juego», una serie de televisión producida por RTVE en los años setenta, basada en primer libro *Las Reglas del Juego: Las Tribus* (Espasa-Calpe, 1977), y dirigida magistralmente por Enrique Nicanor. El protagonista de este libro y serie es el *Homo Tribalis*, un sentimiento atávico y moderno que nos hace sentirnos vascos, catalanes, irlandeses, ingleses, apaches, siux, españoles, europeos, chinos... un sentimiento hondo e inconsciente que nos hace gritar «goool», que le lleva a Ramón y Cajal a descubrir el sistema histológico para dejar alto el pabellón científico español (lo confiesa él), que le lleva a Schopenhauer a escribir «en otros continentes hay monos; en Europa tenemos franceses; esto nos compensa», que lleva a un catalán a cantar «escribiremos con la sangre roja de los castellanos», que hace imprimir en el templo de los dólares «In God we trust», «En Dios confiamos», que empuja a romanos a erigir un imperio de una «Roma eterna», que empuja a los «bárbaros» (barbaroi: tartamudos) a destruir las torres gemelas de aquel vasto imperio, que inspira a un vate inglés el «Rule Britannia, Britannia rule the waves: Bretaña impera, gobierna las olas...» Se trata de una energía muy constructiva y muy destructiva. Es la energía que desde los cerebros empuja con palancas emocionales a crear el maravilloso jardín humano de tantas flores aromáticas y de tantas frutas sazonadas. Si no hubiese existido Roma, no hablaríamos hoy ni el castellano, ni el catalán, ni los ingleses tendrían en su vocabulario la palabra *democracy*, ni estaríamos los europeos o europeizados en el año 2001, ni en el mes de Septiembre (mes Septem, siete que sigue a Julio y Agosto, dos meses dedicados a dos Emperadores romanos), ni podríamos contemplar atónitos el Acueducto de Segovia —las torres que erigía Roma para impresionarnos— ni compartiríamos hoy todos los europeos —y de rebote los europeizados— un tal maravilloso «patrimonio cultural común» (artículo 151, Tratado de Amsterdam).

Las tribus o equipos territoriales —llámense naciones, ciudades, imperios o *superpowers*, superpotencias— han enriquecido la familia humana con lenguas y literaturas varias y variopintas, donde cabe el chino y el pensamiento de Confucio y de Lao-Tse; el náhuatl en el que circulan tocayo —mismo nombre— y chocolatl; el inglés con sus Shakesperare, sus Darwin, sus Keats y sus Woody Allen; el castellano o español con sus Cervantes, sus Borges, sus Galdós, sus Octavio Paz; el francés con sus Molières, sus Balzac, sus Descartes, sus Georges Brassens; el italiano con sus Dantes, sus Verdis; el hebreo con sus Génesis, Éxodo, Cantar de los Cantares; el swahili, el euskera, el bable... Las tribus, equipos territoriales o geópolis nos ofrecen un paisaje arquitectónico nada monótono donde caben Kyoto, Toledo, Oxford, Florencia, el Taj-Majal, los templos mayas, las Pirámides de Egipto, el Acueducto de Segovia, el puente de San Francisco, los budas gigantescos derribados por iconoclastas después de varios siglos... «¡Ah, mi querido profesor», me interrumpe airado un ateo militante con un tono poco cariñoso. «Ahí le quería pillar. Cada tribu, como usted dice, crea su dios tribal, un dios que apoya a una tribu contra otra: Yahvé elige a los judíos, como a su pueblo elegido; los musulmanes creen que Alá sólo protege a los musulmanes; en España y en Europa se invoca-

El mejor antídoto contra los fanatismos es descubrir la identidad humana

ba a Santiago Matamoros: mata-moros... el nombre lo dice todo; ahí tiene usted a los talibanes, unos fanáticos religiosos derribando un patrimonio de la humanidad...; ahí tiene usted a los estadounidenses —ellos se llaman americanos, como si no existieran los mexicanos o canadienses—, ahí tiene usted a los que cantan «God bless América» metiendo a Dios en los dólares: «En Dios confiamos». Claro, ¿cómo no va a apoyar un ser tan poderoso al superpoder, al pentágono y al dólar? Mire usted, si no existiese la religión, si nunca hubiese existido la religión, ni se hubiesen derribado las torres gemelas, ni los budas de Afganistán. ¡Dios nos libre de la religión como de la peste!» «Pero, ¿por qué termina invocando a Dios, piadoso ateo?», le interrumpo a mi vez. «Sí, claro, ya decía Buñuel que era ateo por la gracia de Dios. A mí no me hace ninguna gracia, créame. Lo que ocurre es que nos han comido el coco desde pequeños y no es fácil limpiar nuestro cerebro de tanta basura religiosa».

He leído estos días varios artículos en los que se viene a decir: si no hubiese existido la religión, nos habríamos liberado de tantas guerras santas, de tantas santas inquisiciones, de tantos iconoclastas, de tantos fanáticos que siembran odio, destrozan budas y torres, y hacen correr tantos ríos de sangre humana. Es un razonamiento fanático y falaz. Hagámonos esta pregunta: «Si no hubiese existido nunca religión alguna, ¿qué faltaría al patrimonio de la humanidad?» Si no hubiese existido religión alguna, faltarían al patrimonio de la humanidad las estatuas colosales de Buda —incluida la de Kamakura, Japón; faltarían al patrimonio de la humanidad la Giralda de Sevilla, la Mezquita de Córdoba, todas las maravillosas mezquitas que nos sobrecogen; faltarían las colosales catedrales góticas, las bellísimas iglesias románicas, la *Misa en Sí menor* de Bach, el *Réquiem* de Mozart, los poemas de San Juan de la Cruz... sin olvidar tantos actos de generosidad y de solidaridad de tantos seres humanos que han sido ángeles en la tierra guiados por la brújula de un Dios como el del musulmán Ibn Al-Arabí, murciano como Paco Rabal, que en el siglo XII nos legó esta joya humana, humanista y cristiana: «Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo, si su religión no era como la mía. Ahora mi corazón se ha convertido en el receptáculo de todas las formas: es pradera de gacelas y claustro de monjes, templo de ídolos y kaaba de peregrinos, tablas de la ley y del Corán, porque profeso la religión del amor y voy a donde quiera que vaya su cabalgadura. El amor es mi credo y mi fe».

La fe en la tribu —sea la fe de los romanos que construye vías, acueductos, derecho e idiomas, sea la de los estadounidenses que nos entretienen con Hollywood y liberan a los europeos enzarzados en peleas tribales del fanático verdugo de Auschwitz, sea la de los españoles que fundan México, Cuba, Florida, Texas, Filipinas y el pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles ...—, esa fe tribal o geopolítica crea y construye. La fe tribal es muy destructiva, cuando bombardea Hiroshima, compra esclavos, derriba las torres gemelas, deja a Irene Villa —paz en griego—, una joven adolescente sin piernas... Se puede quemar en nombre de Dios —sea en Madrid sea en Oxford—; se puede derribar las torres gemelas en nombre de Dios... pero la fe en Dios ha ayudado a los Tomás Moro a dar su vida, a las Teresas de Ávila a escribir versos bellísimos, a los Bach a componer la *Pasión según San Mateo*.

El mejor antídoto contra los fanatismos es descubrir la identidad humana, el significado griego de *omós* —traducido a *homo* por los romanos: el semejante, el idéntico. Caben todos los adjetivos —estadounidense, protestante, musulmán, ateo, varón, mujer, niño y anciano—, pero sin confundir los adjetivos con el sustantivo: el *omós*, el ser humano, «el idéntico». Todos somos seres humanos, nada humano nos es ajeno y nuestra cultura es el patrimonio de la humanidad.

JOSÉ ANTONIO JÁUREGUI
de la Real Academia de Doctores